

1. *LUGAR DE AUTOR*

Escribir: hacer justicia por mano propia

SILVIA SCHUJER

POR QUÉ ESCRIBO, es una de las preguntas más habituales que me hacen los chicos cuando visito alguna escuela y para la cual me la paso ensayando respuestas:

Porque no se hacer otra cosa.

Porque me gusta inventar historias: delinear mundos ahí donde antes de que yo los creara no había nada (Una vocación deicista, diría Vargas Llosa, en la medida que la creación solo le correspondería a Dios).

Porque me gusta jugar y me gustan las palabras.

Porque no podría soportar la maravilla de todo lo que leo sin hacer mis propios intentos.

Porque soy una especie en extinción –como cada ser humano– y necesito dejar testimonio de mis interrogantes.

Porque si no escribiera me dedicaría a cantar, y eso no sería bueno para nadie.

En fin, etcéteras.

POR QUÉ Y CUÁNDO “decidí hacerme escritora” (como si hubiera una fecha precisa en la que uno define su destino) suele ser la pregunta que profundiza

la anterior y para la cual –después de mucho indagar en el asunto– creo haber encontrado algo parecido a una respuesta, a través de un recuerdo. Un recuerdo de lectura. De la lectura de *Mujercitas*, esa novela de Louisa May Alcott en la que cuatro hermanas se crían con la madre porque el padre está en la guerra.

Cuando yo tenía doce años, a todas las chicas que estrenábamos pubertad invariablemente nos regalaban el libro *Mujercitas*. Pues bien. A mí me lo regalaron y, aunque no era una niña especialmente lectora, la novela me atrapó. Me gustaba la vida y el modo de vincularse entre sí y con el mundo de esas cuatro hermanas. No obstante, me sentía profundamente identificada con una: la más tenue, bella y solidaria. La que tocaba el piano y se hacía querer como ninguna: Elisabeth, Beth. Yo adoraba a Beth. Y no porque fuera como yo sino más bien por lo contrario. Ella representaba todo lo que a mi me era esquivo: el don de la paciencia, el de la delicadeza, el de la buena interpretación musical. Pero hete aquí que –como ya lo saben quienes transitaron por el libro– Beth se muere de escarlatina. Es un momento tristísimo de la novela que –hoy lo sé– en mi caso operó de embrión. Y es que entonces, tras llorar a mares la muerte de la predilecta y, tal vez en una búsqueda desesperada de consuelo, me formulé una pregunta cuyo alcance y hondura tardé en comprender: ¿Cómo puede ser que uno llore tanto y tan amargamente por alguien que no existe? Porque en definitiva, creo haberme repetido para dejar de llorar –o quizás me lo dijo mi madre, quién sabe– Beth no era una persona sino un personaje; una “simple” combinación de palabras.

La cuestión es que sabiéndolo entonces o no, lo que descubrí en ese momento de crisis fue lo que ya nunca olvidé (algo de lo que creo haberme apropiado): el inmenso poder de las palabras. Su capacidad de disputarle a Dios el monopolio de la creación. Su poder de fundar mundos reales y generar las más variadas y genuinas emociones: pena, miedo, voluptuosidad, gozo profundo. Fue en ese marco que tomé mi primera decisión vocacional: ser escritora para hacer llorar al público. Devolución de favores. Expiación. Venganza en estado puro. Y, aunque ese propósito sufrió notables modificaciones, nunca desapareció como motivación. Hoy, después de tanto tiempo, suscribo la idea de que una buena razón para escribir es el deseo de venganza, una fuente de inspiración mucho más poderosa que la de los buenos sentimientos. Más aún si se tiene en cuenta que, entre los sinónimos de la palabra venganza, aparecen: resarcimiento, ajuste, escarmiento y desafío.

La cuestión es que no hace mucho y, a raíz de un episodio que me vino a la memoria sobre la primera poesía que escribí de chica y que la maestra me impugnó de la peor manera, empecé a evocar sucesos poco felices ocurridos en y durante la primaria. Ahí nomás munida de mi mejor herramienta de lucha, el lenguaje, me dediqué a ficcionalizarlos. A desovillar ciertas injusticias a las que éramos sometidos los niños en la escuela y que, en gran medida, formaban parte de los principios contemplados en los criterios educativos de la época.

Así nació *Maleducada*, el libro del que –a continuación– quiero compartir un cuento.

Maleducada es un conjunto de relatos que transcurren en una escuela primaria entre 1962 y 1968. Son historias más o menos autobiográficas, interferidas por la memoria y reinventadas para esta obra. Siete cuentos que nombran aquello –ominoso– que fui capaz de intuir de chica pero que solo me animé a contar mucho tiempo después, cuando tomé conciencia de que ciertos sufrimientos fueron absurdos, injustos y hasta evitables.

Evitables pero no evitados y, desde esa perspectiva, fundacionales. Tan determinantes en mi condición de creadora, como todo aquello que todavía me falta saber (anche saldar); como todo aquello que me duele, que me preocupa, que me convoca, que me produce curiosidad o desasosiego por el motivo que sea.

Borges decía (y yo acuerdo) que la literatura nace del dolor, nunca de la felicidad. La felicidad, decía, es un fin en sí mismo. La tristeza, en cambio, necesita ser trasmutada en belleza. El solía ilustrar esta idea citando un párrafo de la *Iliada* que dice más o menos esto: que los dioses tramán desventuras para que los hombres vengan a cantarlas.

Me gusta pensar que las historias que escribo, finalmente, son el intento de poner algo de belleza a las desventuras que los dioses me tienen reservadas para que yo siga cantando.

Era un árbol, Meri, era un árbol

(1962)

Cuando Dieguez entró a la escuela, hacía solo una semana que habían empezado las clases. Así que si al principio no notamos nada raro fue porque nuevos éramos todos y el primer grado nos tenía distraídos y expectantes a la vez.

No era para menos.

Por un lado, éramos lo más chiquito y vulnerable de eso que en los recreos parecía una jungla de gorilas blancos. Por otro (como era habitual en esa época) a todos nos habían dejado de llamar por el nombre de pila para pasar a nombrarnos por nuestro extraño apellido. De manera que, de ser Silvias o Marcelas o Danieles o Ricardos nos habíamos convertido sin escalas en García o Delfino o Pérez o Dilesio, lo que –de algún modo– nos alejaba de nuestras pocas certezas. Eso, por no contar además que, al formar fila en el patio nos exigían –con estas exactas palabras– que tomáramos distancia del compañero.

Decía antes que, cuando a Diéguez lo trajeron al aula y lo sentaron solo porque ya no quedaban más bancos dobles, nosotros no vimos nada en él que nos llamara la atención. Ningún gesto asustadizo o de perplejidad distinto del que hubiéramos podido reconocer en nuestra propia cara durante esos primeros días de clase. Solo cuando empezaron a pasar las semanas y ninguno era capaz de responder cómo sonaba exactamente su voz (la de Diéguez) empezamos a observarlo más. En particular yo, que me sentaba también sola, detrás de él.

La maestra era la señorita Meri. Mari no, Meri. Y aunque no se destacaba (ni se había destacado nunca, decían) por tratar con dulzura a los más chiquitos, hacía 20 años que era la maestra de primero.

No era antipática ni mucho menos., Con su cara alegre y colorida (pelo azabache, párpados espolvoreados de verde, ojos marrones, labios gordos-carmín), solía tener una apariencia payasezca que, cuando no nos asustaba –porque su voz era ronca y estridente– hasta nos hacía reír. Además era baja, redonda y enérgica.

Para la señorita Meri, los alumnos estábamos divididos en dos clases: los tilingos y los tololos. Nunca supe muy bien qué defectos nos convertían en una u otra cosa (las dos ofensivas, desde ya). Sí recuerdo que, a todos los que después nos costó mucho la matemática, casualmente, para Meri habíamos sido los tilingos.

Pero esto no importa. Lo interesante es que para ella –la señorita– Diéguez no

entraba en ninguna categoría y entonces nunca tenía ocasión para denigrarlo ante los demás diciéndole graciosamente que era un verdadero tilingo o un verdadero tololo. Como Diéguez no lloraba nunca, no pedía permiso para ir al baño en hora de clase, no era charlatán, no se ensuciaba, no molestaba cuando terminaba primero de copiar del pizarrón y tampoco parecía tenerle miedo ni a la maestra, ni a la directora ni a nadie, la señorita Meri no sabía cómo tratarlo y por eso lo ninguneaba. Lo nombraba al pasar lista, sí (dicho sea de paso, él no gritaba “presente” sino que se paraba y levantaba la mano para ser visto). También le repartía las mismas hojas que nos daba a todos con algún trabajo para completar y obviamente –como al resto– le corregía el cuaderno. Pero a él, Meri se lo devolvía con desprecio, casi se lo tiraba sobre el pupitre y seguía de largo, sin ningún comentario y sin mirarlo a la cara.

Una vez pude ver desde atrás, desde mi banco, cómo le había arruinado un dibujo del cuaderno. Y Diéguez, la verdad, como si nada. Él hacía lo que había que hacer para pasar desapercibido y apenas podía, se dedicaba a lo suyo. Lo suyo, lo supimos a las pocas semanas de compartir el primer grado, era dibujar.

Diéguez dibujaba todo el tiempo: cuando terminaba la tarea, en los recreos, mientras Meri explicaba alguna cosa. Siempre tenía hojas sueltas que sacaba de la valija (en esa época no se usaban las mochilas) y con lápiz negro o con colores se la pasaba haciendo trazos y formas que, aún después de terminadas, no se parecían en nada a algo que los demás pudiéramos reconocer. Solo en las clases de dibujo – y a veces– él mostraba sus trabajos. Decía en voz bajita, por ejemplo: Esta es una carrera de caimanes. Y cuando uno miraba las figuras, no entendía por qué. ¿Dónde estaban los caimanes? ¿Cuál era la pista de carreras?

Los chicos nos reíamos de él. De cómo Meri lo imitaba. De la cara que Diéguez ponía al dibujar (en esos momentos, de la boca le asomaba un pedacito de lengua). O de cómo venía abrigado los días de frío: tenía tanta ropa que casi no podía caminar y además usaba unos gorros con orejeras de piel que lo hacían parecerse a un cocker.

Yo no lo cargaba tanto porque lo tenía cerca y a veces me daba pena. A veces también me irritaba porque parecía que se hacía el estúpido a propósito. Pero la bronca me duraba poco porque él no se enojaba nunca y como se sentaba en el

pupitre de adelante, cada tanto me mostraba sus dibujos (y de tanto verlos, supongo, hasta empezaron a gustarme).

Una vez agarré uno que me regaló y para qué. Las chicas empezaron a decir que era mi novio hasta que me hicieron llorar. Yo no quería tener novio y menos al más papanatas. La señorita Meri, cuando le conté, en vez de retar a las arpías/chicas rompió el dibujo en pedacitos delante de todos y le dijo a Diéguez que no me molestara más.

Después de eso solo recuerdo lo que quería contar. Y es que una mañana vino la directora y dijo que todos los chicos de primero a tercero, íbamos a pintar el frente de la escuela. Que a nuestra sección le tocaba hacer los árboles en la parte de pared que nos habían destinado. Y que eso sería al día siguiente. Repitió como veinte veces que fuéramos con ropa cómoda y, sobre todo, que se pudiera ensuciar

A la mañana siguiente, por supuesto, fuimos todos con prendas viejas y sin delantal. Alguno que otro trajo puesta una camisa grande sobre la ropa y más de uno, un pintorcito que le habría sobrado del jardín.

En la vereda, la señorita Meri apoyó unos tarros de pintura, nos dio un pincel gordo a cada uno y nos advirtió que pensáramos muy bien antes de hacer nuestra obra porque la pintura no se podía borrar. Que no nos comportáramos como los tilingos y los tololos que éramos, sino como verdaderos pintores. Y la jornada empezó.

–Que Dieguez no dibuje– de repente gritó Schmit.

Schmit era un pésimo alumno pero muy rubio y limpito lo que –a ojos de Meri– le daba cierta superioridad para opinar

–Éso señorita, que no pinte –lanzó Dilesio, la hija del comisario.

Y todos los demás miramos mudos a Meri para ver qué hacía. Observamos en silencio –como quien mira una película de suspenso– cómo la señorita Meri iba caminando canchera hacia donde estaba Diéguez que ya había empezado a pintar su árbol de lo más entusiasmado. Y yo estoy segura de que le hubiera sacado el pincel de un tirón, de no haber sido porque, justo en ese momento, por el frente de la escuela pasaban dos señoras que se pararon a mirarnos. No hubiera quedado bien, pienso ahora, que Meri echara alevosamente a un alumno en público. O que

le retorciera un poco la oreja, como también era su delicada costumbre. Así que se aguantó y arrugó los ojos. Cómplice con el resto, balbuceó algo así como “dejémoslo que siga con su mamarracho” y se dedicó a ponernos en marcha a los demás.

“A pintar árboles, se ha dicho”, ordenó haciéndose la graciosa para la platea y empezamos a embadurnar la pared.

Tal como lo habíamos hecho miles de veces en cualquier hoja en blanco, casi todos arrancamos por las dos líneas verticales y paralelas que forman el tronco y luego seguimos por las copas regordetas o empinadas a las que, más de uno, le pintó frutos rojos, amarillos o anaranjados.

Después de unas horas que se interrumpieron un par de veces para tomar un refrigerio y lavarnos un poco, el trabajo se dio por terminado. Y llegó la hora de salida

La hora de salida, esa vez, sería la hora del juicio. Y lo fue.

En el desorden provocado por los chicos que salían, los adultos que llegaban a buscarlos y los alaridos de la secretaria que en la puerta pedía a gritos que nadie tocara la pared porque la pintura estaba fresca, quien más quien menos, casi todos se tomaron un tiempo para mirar nuestros árboles. Ante cada uno, los comentarios eran del estilo *qué lindo*, *qué bien pintado* o *qué bonito*, hasta que llegaban al lugar donde Diéguez había hecho su dibujo e invariablemente preguntaban.

—*¿Y esto qué es?*

—Un árbol— respondía Diéguez bajito mientras daba los últimos toques a su obra y una señora impaciente (que no era la madre ni la abuela) lo esperaba bufando

—*¿Un árbol con formas cuadradas?*, decían los chicos.

—*¡Miren este colorinche!*, se burlaban otros. Y los adultos se reían de los comentarios o seguían de largo.

—Arboles había que dibujar, Diéguez! Arboles de la Tierra, no de Marte!— gritó el hermano mayor de Schmit. Y Meri celebró la ocurrencia con una carcajada mordaz. Todavía la recuerdo.

Entonces pasó lo que quería contar.

Mientras Diéguez se alejaba de la escuela y un grupo de chicos, padres y maestros se seguía riendo –o quejando– del “mamarracho” pintado por ese alumno, apareció un perro. Uno callejero. Sin correa y sin dueño. El perro se abrió paso entre la gente que miraba el mural y después de olisquear en la pared cada uno de los árboles recién pintados, se detuvo ante el dibujo de Diéguez. Lo olió, alzó la cabeza, volvió a olerlo y ahí nomás levantó la pata. Nada del otro mundo: esa era su costumbre cuando en la vereda había un árbol y él tenía ganas de hacer pis.